

el amor es sólo sexo ("el hombre preña tierra y mujeres"), la religión se confunde con la magia y el ser humano llega a tener "calidades de fauna y de flora". Hay un análisis de los "caminos" —religión, reforma, arte— que Gil Gilbert señala para "el mejoramiento humano": en el sentido de que aun cuando el escritor se incline por el segundo —la reforma social—, de hecho el tercero —la realidad artística— "le embelesa" y viene a ser en su literatura "la mejor arma".

El cuarto ensayo —"El otro cayó: vía de redención"— está dedicado a los personajes negros de Lino Novas Calvo, a la angustia —"único motor de su literatura"— lograda a base de hacer violencia al idioma, de combinar las dos esferas de lo real y de lo irreal. Aquí la naturaleza es para el hombre "un mundo amargo imposible de modificación", en donde sólo se puede llegar a la felicidad "a cambio de dejar de ser eso, hombre, ya que es ésta, por lo visto, la condición única pero ineludible para alcanzarla plenamente".

Producto de la lectura de *El llano en llamas*, a su aparición, son las páginas dedicadas a "El mundo paralítico de Juan Rulfo", quien, a pesar de que bien poco tiene que ver con nosotros el mundo del indio, nos lo revela "esotérico", "insospachado", "mítico"; mundo que "presupone un más allá extraño e impreciso" y que llega a ser auténtico "en cuanto que es una posibilidad más de la existencia humana". Con este tipo peculiar que viene a ser el indio de Juan Rulfo, relatado a base de "idioma lento, fatigoso, pesado", sucede que "la naturaleza, a través del paisaje, se infiltra en la conciencia" (así, "si Luvina es tristeza, tristes serán sus moradores"). Aquí la muerte es la única que cuenta: "Tan grande es su fuerza que el valor de la vida, en comparación con ella, es casi nulo." Aquí a los personajes sólo los mueve la muerte, en su significación de "libertad", "alivio de vida".

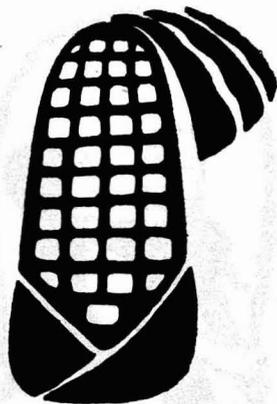
El interés de este libro breve va más allá del pedagógico buscado: podrían encontrarse unas otras interpretaciones literarias, despertarse reflexiones —más que cuantas han cabido ocurriremos en esta reseña— a la lectura de estas líneas que, a más de "un intento de saber por qué caminos se va en la literatura hispanoamericana", podrán ayudar a indagar cuáles han sido —en la dirección estudiada— "los recursos y posibilidades" de nuestros escritores.

H. B.

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA, *Estudio de la técnica social. Problemas Científicos y Filosóficos*, 7. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1958. 140 pp.

Frente a las metafísicas, ya sean las tradicionales o las materialistas, que han querido hacer del hombre "lo que no es y lo que no ha sido nunca a lo largo de su historia", esto es, un ángel o una máquina, la ciencia social trata de mantener el concepto general del hombre y de sus fines comunes dentro de la política y la historia.

Pero la ciencia social es un camino en que "no estamos al final, sino al principio". Antes que nada hay que responder a estas preguntas: ¿el hecho social pertenece realmente al roden técnico, realmente es susceptible de ser dominado de acuerdo con un modelo previo? Y si es



así: ¿por qué desde la antigüedad se viene afirmando lo contrario?

Respecto de los fenómenos naturales, la *naturaleza* es la base de la técnica empleada para controlar a la *naturaleza*; en lo social, el *hombre* es la base de la técnica empleada para controlar al *hombre*. En tanto que el dominio de determinado fenómeno natural tiene por objeto el dominio de ese fenómeno, el hombre nunca domina al hombre con el único fin de dominarlo. Por consiguiente, para comprender lo social, no basta la definición que dice que la técnica es "el dominio de un fenómeno de acuerdo con un modelo"; surge, pues, la necesidad de una nueva definición que se enuncia en los siguientes términos: "la técnica es una relación efectiva de lo no técnico básico y finalista".

Estos problemas son tratados aquí bajo la sombra, a veces abrumadora, de Sócrates, cuyos argumentos contra Protágoras dejan ver su garra a través de los siglos. Todavía no es tarea fácil vencer a Sócrates. Pero Pablo González Casanova no sólo muestra la manera en que el hecho social pertenece al orden técnico, sino que explica la razón de que la sociedad sea pertinazmente considerada como no técnica; con lo cual logra penetrar luminosamente en todos los ámbitos del tema propuesto en este libro.

A. B. N.

MANUEL GONZÁLEZ RAMÍREZ, *Manifiestos Políticos* (prólogo, ordenación y notas). Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana (volumen IV). Fondo de Cultura Económica. México, 1957. 685 pp.

Habiendo sido el manifiesto político utilizado por toda clase de individuos durante las diversas etapas de la Revolución Mexicana, no es arriesgado considerar que una colección de esta clase de documentos organizada rigurosamente, puede equivaler, por sí misma, a la historia de dicho movimiento contemplada a través de sus más genuinas expresiones.

El presente libro es una obra de esta clase. Además de los manifiestos de mayor significación, aparecen otros que junto con otra clase de documentos les sirven de complemento y ampliación. El período que abarca (de 1892 a 1912) aparece expuesto aquí en cuatro partes: I. Antiguo Régimen; II. La Revolución en contra de Porfirio Díaz; III. Interinato de León de la Barra, y IV. El Nuevo Régimen.

Aquí se ve cual era la verdadera forma de gobierno del porfiriato, y cuales fueron las fuerzas que ideológicamente se le oponían. Se ve de qué manera fueron cobrando ímpetu esas fuerzas a medida que el poder público trató de reprimirlas,

hasta que terminaron por lanzarse en el camino de la violencia. Y ya en este camino, se ve cómo esas fuerzas lograron imponerse sobre un orden de cosas que parecía incontrastable.

Así, a través de estos manifiestos, llegamos al punto en que se establece el gobierno revolucionario, y en que se desenvuelve la táctica de traición dirigida por los poderosos remanentes del antiguo régimen. No alcanzamos el momento en que Madero y Pino Suárez fueron asesinados; pero sí nos enteramos de cuáles fueron los elementos que fatalmente convergerían en el crimen.

A. B. N.

M.-A. SECHEHAYE, *La realización simbólica. Diario de una esquizofrénica*. Fondo de Cultura Económica. México, 1958. 232 pp.

Aquí se han reunido dos textos que originariamente fueron publicados por separado: *Realisation Symbolique* y el *Journal d'une Schizophrène*. Estas obras se complementan como el positivo y el negativo de una misma fotografía. En la primera la doctora Secheyaye relata un caso de esquizofrenia que trató con éxito sorprendente. En la segunda Renée (una muchacha esquizofrénica) describe las sensaciones que experimentó durante el transcurso de la enfermedad. Información muy valiosa para el psicólogo que se interese en conocer lo que se esconde detrás de las manifestaciones y de los síntomas esquizofrénicos.

Renée había sufrido varios traumas en su temprana infancia, antes de la formación del Yo. Cuando la muchacha estaba en la escuela manifestó los primeros síntomas de una enfermedad mental. Varios psiquiatras diagnosticaron esquizofrenia incurable. Secheyaye tomó el caso con una gran dedicación y con una admirable simpatía humana. Sin desalentarse ante los primeros fracasos, durante varios años intentó detener el curso de la enfermedad que se agravaba; hasta que su constante aplicación tuvo una ocurrencia feliz que fue la base que le inspiró un tratamiento psicológico de tipo muy especial: la realización simbólica.

Secheyaye da pruebas de una gran honradez científica; no trata de disimular los fracasos, y los muchos ensayos infructuosos que debió realizar. No es esta la única virtud de su exposición; además describe con claridad y método cómo descubrió y aplicó su novedosa terapéutica basada en las asociaciones mágicas.

Cuando la doctora inició el tratamiento de Renée, reconoció que el psicoanálisis clásico, a pesar del alivio pasajero que procuraba a la enferma, era incapaz de contener la desintegración mental. Pronto la muchacha debió ser recluida. En la clínica se hizo evidente la esquizofrenia; Renée perdió casi totalmente el contacto con la realidad, y sufrió frecuentes estados de alucinación.

Renée expresaba sus conflictos internos por medio de dibujos. La doctora logró interpretar el sentido simbólico de estos dibujos; pero no hacerle comprender intelectualmente a la muchacha los símbolos. En vista de ello intentó una comunicación en un *lenguaje simbólico*. Este fue el origen de la llamada realización simbólica, y de su aplicación a los diferentes complejos.

Secheyaye decidió tomar parte activa (contra los dictados de la terapéutica

freudiana ortodoxa), y unas manzanas verdes (símbolo de los pechos maternos) sirvieron para superar el complejo oral. Es decir, que mediante la ilusión se realizaron los deseos reprimidos de la enferma para que su impulso dinámico siguiera un curso normal.

Como Renée no podía regresar a la infancia para satisfacer las necesidades correspondientes a esta edad, la satisfacción tuvo que buscarse en un sustituto, en un símbolo. Además como la enfermedad se había originado en una época anterior a la formación del Yo, cuando aún Renée no poseía el uso de la palabra, la solución del conflicto requería un medio que no fuera verbal, sino mucho más primitivo, y que correspondiera a la fase en que el trauma había tenido lugar.

Esta terapia de las asociaciones mágicas logró muy pronto aminorar los síntomas. Uno a uno fueron desapareciendo los diferentes complejos. Se procedió a la reconstrucción de la personalidad de la enferma. Fue algo parecido a la educación del niño, a quien se entrena para entrar en contacto con la realidad; se le impuso una saludable disciplina con objeto de fijar su atención, despertar su confianza y su valor, fomentar su actividad, y satisfacer sus necesidades. Finalmente Renée pudo valerse por sí misma en la vida.

Esta curación puede considerarse como definitiva. Renée fue capaz de ingresar a la Universidad, y de adquirir un título y honores académicos.

C. V.

A N A Q U E L

Por Francisco MONTERDE

PARTIDA Y ARRIBO, EN LA EPICA

IMPUESTO el equilibrio en la naturaleza, dominadas las fuerzas destructoras, por artes mágicas, podían venir los seres humanos: la supervivencia de sus descendientes estaba asegurada, por la aclimatación en el medio aquél—antes adverso a la especie— y por el alimento adecuado para que subsistieran.

Todavía era forzoso, para perpetuar el linaje humano, que intervinieran las divinidades propicias: la Lluviosa, la Fecundante, la del Fuego: los tres dioses llamados Pluvioso, Sembrador, Volcán.

Fue entonces cuando las lenguas de las tribus fundadoras se multiplicaron en otras lenguas y dialectos; cuando, a costa de sacrificios, y con la intervención de Pluvioso y Sembrador, obtuvieron—de Volcán— el fuego.

De la primitiva abundancia se había pasado a la abstinencia, al ayuno. Los ayunadores aguardaban, en su prolongada vigilia, la aparición del alba, la salida del sol, y se alternaban para observar la estrella "Luna-Sol" que precede al día.

Fue el instante señalado para la partida: el amanecer de cada una de las tribus, que recordaban con cantos su llegada al lugar de la abundancia, y lloraban al pensar que tenían que desterrarse de aquél, abandonándolo.

Al partir, algunos quedaron "en el camino; hubo hombres dejados allá dormidos. Cada tribu se levantaba siempre para ver la estrella señal del día. Esta señal del alba estaba en sus corazones cuando vinieron del Oriente, y con rostro igual fueron a una gran distancia de allí, se nos dice ahora".

Así empezó la peregrinación de las tribus mesoamericanas, según *El libro del Consejo de los jefes de la tribu*. El punto de partida fue una montaña, en cuya cima se reunieron los hijos de la gran familia.

Cada rama de aquélla recibió su nombre: "los nombres con los cuales se llamaron unos a otros. Allí se congregaron esperando el alba, acechando la salida de la estrella, la primera antes de que nazca el día."

A través del mar—quizá el que los separaba de la península—, "pasaron co-

MESOAMERICANA

mo si no hubiera habido mar: solamente sobre piedras pasaron, y aquellas piedras sobresalían en la arena", según el relato, que insiste en ese punto.

De esa peregrinación, del estado primitivo de tribus errabundas, de inquietos cazadores que siguen las huellas de los animales, se pasa—a través de escenas mitológicas en las cuales se advierte la escasez de elemento femenino, en pa-



"las divinidades propicias"

sajes eróticos— al estado de belicosidad, en que la épica reaparece con otros elementos.

Las tribus, reunidas en consejo, buscan la forma que resulte más adecuada para destruir a los contrarios. Reunidas para la matanza colectiva, deciden proveerse de armas: flechas, escudos. Con ellas, "todas las tribus se adornaron".

Mientras, los sitiados circundan la ciudad con tablas, con plantas espinosas, y después de haber hecho fortificaciones, colocan maniqués, muñecos de madera, con escudos y adornos de metales preciosos.

Vuelven a participar animales en las disputas de los hombres: avispas, abejas

encerradas en calabazos, erizan las murallas. Con ellas combatirán a las tribus sitiadoras que amenazan la ciudad.

Observada por los enemigos, éstos al ver los maniqués, creyeron que los defensores no eran numerosos. Sólo veían a los muñecos de madera que "se balanceaban suavemente".

Rodearon la ciudad y la atacaron golpeando los escudos y agitando las flechas, entre silbidos y vociferaciones. Los de las Espinas levantaron las tapas de los calabazos que guardaban las avispas y abejas, para libertarlas.

"Así los guerreros fueron acabados por los animales que se pegaban a sus ojos, que se pegaban a sus narices, a sus bocas, a sus piernas, a sus brazos." El relato agrega que "se tendían al caer ante la montaña". Así fueron derrotados.

Los defensores se multiplicaron, después de haber humillado a sus enemigos. "Se regocijaron cuando vencieron a todas las tribus, derrotadas allá en el monte", dice el libro. "En seguida sus corazones respiraron."

En las últimas páginas de *El libro del Consejo*, se sigue la trayectoria de las generaciones victoriosas, a partir de los primogénitos; se enumera las grandes mansiones; se evoca las ciudades, que a veces recuerda sólo "un montículo de piedras", y se menciona las casas de los dioses, al pensar en "lo que está perdido, aquello que hacía ver lo que fueron antaño los primeros jefes...". Y con esto el libro concluye.

Al leer—con propósitos literarios— *El libro del Consejo*, se piensa en las gigantomaquias; en esos relatos en que las fuerzas cósmicas, al desbordarse en su ciego furor, toman la apariencia de gigantes que luchan entre sí furiosamente.

Otras de sus páginas ofrecen ejemplos de fábulas moralizadoras, en las cuales se muestra el castigo de los vanidosos que se jactan de poseer bienes superfluos; de quienes torturan sin compasión a sus semejantes.

En algunos pasajes del libro creemos encontrar antecedentes de cuentos populares que los indígenas aún narran en su propia lengua, como aquellos en que intervienen seres sobrenaturales, hablan las bestias y los enemigos urden crueles trampas en las que caen sus contrarios.

La épica del *Popol Vuh* es hermana, desconocida y distante—sin punto de contacto ni medio de transmisión posible—, de los vastos poemas índicos en que participan los animales en las luchas de los hombres.

Contiene, además, pasajes en los que se explica, ingeniosa, puerilmente, el origen de la característica de algunas especies: son los llamados mitos etiológicos, los cuales parecen imaginados por mentes infantiles.

No faltan episodios en los que se percibe, a través de los símbolos y los combates que aluden a transformaciones sociales y luchas religiosas, cierta vaga aspiración hacia ideales superiores.

Quien se acerca al *Popol Vuh* sin pretender penetrar su sentido esotérico, ahora oculto para la mayoría, tiene la impresión de tribus que se esfuerzan por adaptarse al medio y obtener el alimento adecuado, sin olvidar las preocupaciones artísticas ni su tradicional afición al deporte. Y lo expresa, como observé hace una veintena de años, con "cierto humorismo que se complace en lo grotesco".